

obras maestras del arte inventadas despues. Al cabo de sesenta y cinco dias de sitio, vióse obligado el emperador á levantar despechado el sitio, viendo sus tropas en el mas lamentable estado y disminuidas en mas de treinta mil hombres. Fué á descargar su venganza en Terrouana, donde no perdonó ni aun las iglesias, monasterios y hospitales, arrasándolo todo de tal manera que apenas se distingue hoy el lugar donde estuvo la ciudad. Esta antigua y estensísima diócesis fué despues dividida entre las de Ipres, de Saint-Omer y de Boulogne.

Por este mismo tiempo la reina Isabel de Hungría, viuda de Juan Zapolski, rival de Fernando de Austria, aconsejada de su confidente Petrowitz, luterano muy artificioso, espidió el edicto de Torga, que permitia el ejercicio del luteranismo en todos sus dominios, y dió nuevo vigor á sus impiedades, especialmente en Transilvania, donde reinaba Isabel bajo la proteccion del turco (1). Los sectarios, que no habian pedido mas que la tolerancia, ejercieron desde luego una persecucion violenta. Insultaron publicamente á los obispos, despojaron de sus bienes á los sacerdotes, los arrojaron de sus iglesias, y á los religiosos de sus monasterios: en una palabra, llegó á tal punto el desórden, que á pesar de lo infatuado que estaba Soliman con el mahometismo, se indignó y escandalizó cuando tuvo noticia de aquel trastorno. Escribió á la reina que sofocase al momento unas novedades que no podian menos de causar la ruina de la Religion y la del reino; que tenia á la vista los asesinatos, latrocinios, sediciones y guerras civiles á que daba lugar en Alemania aquella secta perniciosa; y que si no contenia semejantes atentados restableciendo inmediatamente la religion de sus padres, no solo la privaria de su proteccion, sino que se declararia por enemigo suyo. Sorprendida y consternada la reina, concedió por temor lo que no habia conseguido la voz del deber.

(1) Rain. an. 1552.

Revocó el edicto de Torga, y substituyó en su lugar otro enteramente contrario. Pero el mal era ya incurable, por decirlo asi.

Mientras que las antiguas posesiones de la Iglesia gemian de este modo en medio de los disturbios y desolaciones, continuaba propagándose el Evangelio con una rapidez increíble en las estremidades mas remotas del Asia, sin emplear otros recursos que los que sirvieron para su establecimiento primitivo. Francisco Javier, sin fuerzas, sin bienes de fortuna, dotado del único don de la palabra, ó por mejor decir, de la virtud de Dios, el cual la ponía en su boca cuando lo exigía la necesidad; Javier, arrojado por un corsario entre los japoneses idolatras como una oveja en medio de los lobos, armado únicamente con la cruz y con una imagen de la Madre de Dios, y sin mas compañía que dos hermanos de su religion y tres japoneses que habia convertido en las Indias, se dirigió al palacio del rey de Sajuma, habiendo dispuesto que se adelantase á dar noticia de él uno de sus compañeros que era natural de aquel reino (1549). Al ver la imagen de la Virgen María Madre de Dios con su Hijo en los brazos, que fué la primera cosa que presentó el precursor del santo Apóstol, quedaron tan llenos de respeto el rey, la reina su madre y toda la corte, pareciéndoles que habia allí alguna cosa celestial, que se postraron á sus pies para rendirla homenaje. Dejose ver despues el Santo tan deseado. La reputacion de su virtud y de sus obras maravillosas en las Indias, habia llegado antes que él. Fué Javier un objeto de admiracion. El rey y la reina le recibieron con unos honores de que no habia ejemplar hasta entonces; le dieron las pruebas mas extraordinarias de afecto, y le hablaron con tanto interés, que duró la conversacion hasta muy entrada la noche. El rey, que era naturalmente curioso, como todos los japoneses, le hizo muchas preguntas acerca de las Indias, de las varias religiones que se profesaban en ellas, y en especial del culto que se

daba al Dios nacido de una Virgen. El Santo satisfizo á todo con una uncion verdaderamente apostólica. Pero nada causó mas emocion al rey y á su corte, que el considerar que aquel hombre habia ido allí desde otro mundo, atravesando tantos mares procelosos, no para cojer el oro del Japon, sino únicamente para enseñar á los japoneses el camino del cielo. No solo le concedió el permiso que pedia para predicar el Evangelio, sino que mandó expedir órdenes, en virtud de las cuales podian todos los sajumanos abrazar sin ningun temor una Religion tan pura (1).

Viendo Javier unas disposiciones tan favorables para anunciar el Evangelio, se aplicó con el mayor empeño á ponerse en estado de predicar en japon. Sabia ya algo de aquella lengua por la comunicacion que habia tenido bastante tiempo con los tres japoneses que le acompañaban; pero no la poseía de modo que pudiera explicarse con facilidad. Aunque le habia comunicado Dios muchas veces el don de lenguas, hubiera creído el humilde misionero que seria tentarle si hubiese esperado recibir estos favores tan distantes del órden comun. Estudió, pues, el japon, como si no hubiera podido aprenderle de otro modo que por su propia industria; pero bendijo el cielo su trabajo en tales términos, que en menos de cuarenta dias se puso en estado de traducir la explicacion del simbolo de los Apóstoles, que habia compuesto para los indios, y de dar principio á la carrera brillante de su nuevo apostolado. Igual á este fué en muchas ocasiones el fruto maravilloso de su estudio, poco distinto del don permanente de lenguas. Muy pronto se le oyó predicar en japon con tanta facilidad y naturalidad tanta, que parecia haber nacido en el mismo pais; y lo que es mas, sin haber estudiado nunca el chino, predicó al mismo tiempo en esta lengua á los muchos mercaderes de la China que

(1) Maff. Hist. Ind.; Orland.; Tursell.; Bouh. l. 5 et 6.

B del C., tomo XX.—VII.—HISTORIA ECLESIASTICA.—Tomo V.

comerciaban en el Japon. Pero aun es mas prodigioso el haber satisfecho con una sola respuesta á una multitud de personas que le preguntaban á un tiempo acerca de materias enteramente distintas, y tal vez contrarias unas á otras. Este prodigio, que es raro, aun en el órden de milagros, se refiere en la causa de la caonizacion del Santo. Sin contar, no obstante, con unos favores que concede ó niega Dios, segun le agrada; y disponiéndose al santo ministerio con obras de piedad, de penitencia y de edificacion pública, tanto mas, cuanto los bonzos, que son como clérigos ó monjes del pais, pero insignes hipócritas, se jactaban de sus austeridades, bien que solo eran aparentes, se abstuvo siempre de comer carne y pescado, y no usó mas alimento que raices amargas ó legumbres insípidas reblandecidas en agua; pero cuidó el cielo con tanto esmero de la conservacion de su siervo, que en nada disminuyó sus fuerzas esta abstinencia escesiva (1550).

Mientras se disponia al ministerio apostólico, su compañero japon, que despues de haberse convertido se mudó el nombre de Auger en el de Pablo de Santa-Fé, trabajaba en la conversion de su familia. Su madre, su mujer, su hija y muchos parientes suyos abrazaron el cristianismo con gran fervor, y fué el Santo á bautizarlos. Despues de estas dichosas primicias, predicó Javier en la ciudad de Cangoxima, donde las habia cogido, y convirtió inmediatamente un gran número de personas, entre las cuales habia dos bonzos, cuyo ejemplo dió un crédito muy singular al Evangelio. Pero como Javier no se descuidaba en manifestar las infamias de la profesion de aquellos impostores codiciosos, los cuales se enriquecian con la supersticion de los pueblos, resolvieron de comun acuerdo la ruina de los predicadores de la nueva Religion; y despues de algunas tentativas inútiles para concitar contra ellos el odio ó el desprecio público, hicieron tales gestiones con el rey, que le movieron á revocar su primer edicto, y á prohibir, pena de



la vida, que se abandonase la religion japona para abrazar la de los bonzos de Europa. Aunque este peligro no hizo la menor impresion en los neófitos, pues antes bien se mostraron todos ellos dispuestos á sufrir el destierro y la muerte por Jesucristo; impidió la comunicacion de los idólatras con los misioneros, lo que obligó á estos á ir á buscar otros pueblos á quienes pudiesen anunciar la verdad. Habiendo tomado todas las providencias posibles para confirmar y arreglar la nueva iglesia de Cangoxima, salió de allí el apóstol llevando consigo sobre sus espaldas, segun costumbre, las cosas necesarias para el sacrificio de la misa, y pasó á la corte del rey de Firando, cuyo nuevo comercio con los negociantes portugueses habia escitado los celos del rey de Sajuma. Una de las mayores maravillas de nuestro santo taumaturgo fué el que aquellos neófitos, apenas bautizados y sin sacerdotes ni mas auxilio humano que su propio fervor, se mantuviesen en medio de la idolatria y de la persecucion, sin que ninguno de ellos titubease jamás en la fé. Al contrario, su vida ejemplar convirtió un número tan grande de idólatras, que en poco tiempo se triplicó el de los cristianos; y variando el rey sus disposiciones anteriores, porque no veía que tuviese otros vasallos mas virtuosos ni mas fieles, pidió misioneros al virey portugués de las Indias, para que predicasen en todo su reino una ley tan útil.

En el camino de Firando encontró Javier una fortaleza ó castillo de un príncipe particular llamado Ekandono, que por su situacion admiraba á todos los pasajeros. Estaba edificada en la cima de un monte, ó por mejor decir, de un peñasco enorme, que por la parte de afuera presentaba un aspecto horrible, y por dentro era una morada deliciosa. Casi no habia mas que un palacio, pero de una magnitud inmensa, con pórticos, galerías y habitaciones infinitamente variadas, formado todo en la piedra viva y trabajado con tanto primor, que parecia haberse vaciado en un molde, y

no haberse hecho á golpe de cincel. Algunas personas del castillo que habian oido hablar con admiracion del bonzo de Europa, le convidaron á que fuese á saludar á su príncipe, asegurándole que tendria mucho gusto en ver á un estrangero tan célebre. No creyó el apóstol que debia perder una ocasion tan favorable para publicar el Evangelio, y desde la primera conferencia, en la que fué tratado con grande afabilidad, anunció al Dios Supremo y á su Hijo Jesucristo. Hizo tal impresion en los criados del príncipe y en los soldados de la guarnicion que se hallaban presentes, la luz que por primera vez resplandecía á sus ojos, que al momento pidieron el bautismo diez y siete de ellos. Despues de haberlos instruido bien y disipado algunas dudas que le propusieron, los bautizó Javier en presencia de Ekandono. Pensaban los demas imitar su ejemplo, y lo hubieran ejecutado desde luego, si el príncipe no se lo hubiese impedido por política, temiendo incurrir en la indignacion del rey de Sajuma que era su soberano. Pero en su interior quedó tan persuadido de la verdad, que permitió que bautizasen secretamente á su muger y á su hijo primogénito, ofreciendo que tambien recibiria el bautismo y se declararia cristiano luego que pudiese hacerlo sin ningun riesgo.

Uno de los que habian abrazado la fé era el mayordomo de Ekandono, hombre de avanzada edad y de una probidad y prudencia acreditada. Le encargó Javier el cuidado de aquella nueva cristiandad; le dejó por escrito las oraciones ordinarias de la Iglesia con una coleccion de instrucciones fáciles, y señaló en el palacio un lugar á propósito para que se reuniesen los fieles. Recomendó al piadoso mayordomo que diese entrada franca á los paganos, que leyese á unos y á otros todos los domingos alguna parte de la doctrina cristiana, y que hiciese cantar los salmos penitenciales todos los viernes, y las letanias de los Santos todos los dias. Se ejecutó todo puntualmente, y

fructificaron de tal manera aquellas semillas de piedad, que no solo se aumentó mucho el número de los fieles, sino que siendo estos inocentes en las costumbres, modestos en el porte exterior, dedicados á la oracion, caritativos y afectuosos unos con otros, y severos consigo mismos, hasta usar de las maceraciones propias del claustro, manifestaron en su sociedad todo el fervor de una comunidad regular, ó por mejor decir, toda la perfeccion de la primitiva Iglesia. Habiéndose preguntado á uno de aquellos neófitos que responderia al rey si le mandase renunciar el cristianismo, dijo que le responderia con resolucion: «Señor, sin duda quereis que os sea fiel; que esté pronto á esponer mis bienes y mi vida por servirlos; que sea moderado con mis iguales, afable y benéfico con mis inferiores, obediente á mis amos, y justo con todo el mundo. Pues mandadme que continúe siendo cristiano, porque nadie sino el cristiano es todo esto.» Aunque no habia abandonado Ekandono la idolatria, asistia á estas juntas piadosas, y quiso que recibiesen el bautismo dos hijos que tuvo despues.

El rey de Firando, que era amigo de los portugueses, recibió con mucho agrado á los misioneros, contribuyendo á esto la circunstancia de haberlos obligado á salir de sus dominios el rey de Sajuma, su enemigo; y como la mayor satisfaccion de aquellos varones apostólicos consistia en la conquista de las almas, les concedió un poder ilimitado para anunciar el Evangelio en todo su reino. Salieron inmediatamente á predicar por la ciudad, y fué tan copioso el fruto que cogieron, que en veinte dias bautizó allí Javier mas infieles que en un año entero en Cangoxima. Como este Apóstol anhelaba únicamente por cruces y trabajos, encargó esta mies fácil á su compañero Torres, y formó la resolucion de ir á Meaco, capital de todo el imperio Japon, del que dependian los muchos reyes que gobernaban sus varias regiones, y desde donde podria estenderse con

mas facilidad el nombre de Jesucristo por todo aquel pais. Pasando por Amanguchi, ciudad célebre por las minas de plata que atraian á los habitantes de todas las naciones, derramó allí las primeras semillas del Evangelio, las cuales produjeron poco fruto por entonces; pero sabiendo el Santo que la lentitud con que crece este género divino no disminuye su vigor y actividad, esperó con fé, como en otras muchas ocasiones, los momentos señalados por el Señor. Por tanto, desde Amanguchi hasta Meaco, que dista quince dias de camino, anunció constantemente á Jesucristo en las ciudades y aldeas, sin acobardarse jamás por los desprecios, insultos, malos tratamientos y el furor del pueblo, que llegó un dia al extremo de cargarle arrastrando fuera de la ciudad para apedrearle. Ya tenian los asesinos las piedras en la mano, cuando declarándose el cielo á favor de su ministro, envió una tempestad horrorosa que les hizo huir precipitadamente.

Además de esto, padeció en el camino unos trabajos y peligros, de que no podemos formar idea cabal los europeos. En el rigor del invierno, que es horrible en el Japon, donde los huracanes son poco menos peligrosos en algunos terrenos elevados que en el mar; donde cae la nieve con tal abundancia, que solo se comunican los habitantes de las ciudades y aldeas por subterráneos, ó por corredores cubiertos, y donde, en los espacios intermedios, no se vé otra cosa que selvas espantosas, horizadas de témpanos de hielo pendientes de los árboles, los cuales amenazan continuamente á los que pasan por debajo; montes escarpados, y torrentes impetuosos que se precipitan en los valles, y dejan inundada una gran porcion de pais; Javier y sus tres compañeros, mal vestidos para guarecerse de un frío tan insupportable, caminaban por lo comun descalzos para pasar los arroyos, llevando á cuestas sus pocos utensilios, y sin mas provision para mantenerse que un poco de arroz tostado. Pero lo peor de todo era que el



un japon convertido que les servia de guia, se estraviaba á cada paso, de suerte, que muchas veces se veian precisados á andar errantes por encima de la nieve sin descubrir ningun camino, á atravesar arroyos temibles, y á trepar por rocas que les presentaban mil precipicios horrorosos, sin que ninguno de estos trabajos y peligros fuese capaz de abatir su constancia. Tan grande es la estimacion que hacen de las almas los apóstoles, y tanto el precio de la fé que nosotros estimamos tan poco! Hallándose Javier en el mayor apuro, y no sabiendo qué camino seguir, encontró un japon á caballo que iba hácia Meaco y se ofreció á llevarle la balija ó maleta, si le permitia ir detrás de él. Aceptó la oferta el cruel japon, continuó su camino como si no fuera nadie con él, y anduvo tan de prisa, que el Santo no dejó de correr en casi todo el dia. Solo el heroismo de Javier pudo elevarle de este modo sobre la naturaleza. Sus compañeros le siguieron muy á lo lejos, y cuando llegaron á incorporarse con él, advirtieron que tenia los pies ensangrentados y las piernas tan hinchadas, que se le abrieron por muchas partes. Sin embargo de esto, fué el primero que los exhortó á tener paciencia, y volvió á ponerse en camino como si nada hubiese padecido.

Los frutos que cogió por sí mismo en Meaco no hubieran sido bastantes para compensarle las penalidades que habia sufrido en el viage, si no hubiese considerado los trabajos como una verdadera ganancia, especialmente cultivando la viña del Señor; pues asi son el principio mas eficaz de la fecundidad. Agitada Meaco con disturbios y confusiones, como que todos los reyes inmediatos se habian coaligado contra su cubosama ó emperador, estaba muy distante de dar oidos á la palabra de Dios. En quince dias que estuvo alli el Santo, no pudo conseguir el ver á ningun gefe del imperio ni de la religion. Pero se consoló con la reflexion de que á lo menos habia llevado el nombre de Jesucristo á la ciudad mas idolatra del mundo,

y con el conocimiento profético que tenia de los frutos que habian de coger en ella muy pronto los predicadores, á quienes abria el camino. Volvió por mar á Amanguchi; y volviendo continuamente los ojos á la soberbia ciudad de Meaco, nombre que significa *digno de verse*, gemia por su grandeza pasada y por su insensibilidad presente, suplicando al cielo que abreviase el momento de sus misericordias.

Ya las habia experimentado Amanguchi, porque luego que volvió á presentarse en esta ciudad el siervo de Dios, se vió rodeado de una infinidad de personas que le pedian las instruyese en la verdad. En poco tiempo llegó el número de fieles á más de tres mil, entre los cuales habia muchos grandes y literatos, que solo se rendian despues de una conviccion perfecta. No hacia menos impresion en los corazones la afabilidad inalterable de Javier y de sus compañeros, que sus frecuentes milagros. Estando su cooperador Fernandez instruyendo al pueblo en uno de los parages mas concurridos de la ciudad, se acercó á él un hombre despreciable, como si fuese á hacerle una pregunta, y le escupió en la cara. Sin hablar ni una palabra el misionero, y sin manifestar la menor alteracion, se limpió, y continuó su discurso. Los japoses, que son naturalmente reflexivos y escelentes jueces en todo lo que es relativo á grandeza de alma, comprendieron que una Religion que hacia al hombre tan superior á sí mismo, no podia menos de proceder del cielo. Asi al menos discurrió uno de los principales de la asamblea, el sabio mas famoso de Amanguchi, el cual pidió inmediatamente el bautismo. Este ejemplo produjo todos los buenos efectos que podian esperarse de él. Se introdujo la desercion aun entre los mismos bonzos, y á lo menos los mas jóvenes, que conservaban todavia algun resto de pudor y de rectitud, abandonaban su profesion vergonzosa y corrian á revelar al Santo los misterios abominables de su secta. Obstnados los demas en el crimen, se mostra-

ron mas furiosos que nunca; y así en Amanguchi como en todo el Japon, opusieron á los progresos del Evangelio la impostura, la rabia, las maquinaciones sanguinarias y violentas, las sediciones y la rebelion declarada; en una palabra, todos los medios que naturalmente debian de servir para los fines que se proponian, pero cuya insuficiencia manifestó mas á las claras la preeminencia divina de la verdad.

A pesar de las ficciones y de todas las calumnias de los bonzos, maestros incomparables en el arte de denigrar á un enemigo, se habia estendido la reputacion de Javier por todos los reinos inmediatos, donde escitaban la curiosidad general las noticias que se recibian del gran bonzo de Europa. En el reino de Bongo, cuya capital, llamada Funai, dista como unas cincuenta leguas de Amanguchi, reinaba un príncipe de bella indole, de mucho ingenio y penetracion, de una prudencia muy superior á su edad, sumamente generoso, benéfico, afable y atento. Informado Javier de estas disposiciones, supo tambien que estaba anclado un navio portugués en el puerto de Figen, á una legua de Funai. Sin perder momento se aprovechó de una ocasion tan oportuna para entender el reino de Dios, y marchó á aquella nueva conquista, dejando encargados al P. Torres los cristianos de Amanguchi. El dia de la llegada de Javier fué para los portugueses de Figen un dia de fiesta y de alegría. Le recibieron en triunfo, tremolando todos sus pabellones, y haciendo cuatro descargas consecutivas con toda su artilleria. Habiéndose oido el estruendo en palacio, envió el rey un cortesano para saber cuál era la causa de aquella novedad. Se le dijo que todos aquellos honores se tributaban á un hombre que solo respiraba pobreza, y que los portugueses se tenian por mas dichosos en poseerle que si estuviese su navio lleno de barras de oro. Era este un enigma inesplicable segun las ideas comunes de los japoses, los cuales miran á la pobreza como el vicio mas vergonzoso; pero el rey

discurrió y se esplicó de muy distinto modo. «En verdad, exclamó, que ha de ser muy grande el Dios de estos extranjeros, pues hace respetable en un amigo suyo lo que miran con horror los demas hombres. Y bien considerado tienen los portugueses mas razon que nosotros. No: la pobreza voluntaria no es despreciable, y aun hablando con propiedad, no se la debe dar el nombre de pobreza. No podemos llamar pobre á aquel á quien estos ricos conquistadores están prontos á dar cuanto desee de sus tesoros, pues si carece de riquezas, es porque las desprecia.» La conclusion del príncipe fué convidar al Santo con términos de afecto y aun de respeto y sumision, á honrarle con la presencia de un amigo del cielo, cuya vista le seria tan agradable como la primera sonrisa de un niño á su madre, ó como una lluvia suave á las flores sedientas con la sequedad del medio dia, y que hasta las paredes del palacio saltarian de gozo cuando él entrase.

Sin embargo, habiendo deliberado los portugueses acerca del modo con que debia hacerse aquella visita, votaron todos que fuese magnífica, para confirmar que una persona tan reverenciada, se presentaba ordinariamente como pobre por eleccion propia. La profunda modestia de Javier ofreció un obstáculo muy grande á este designio; pero considerando despues el Santo que aquellos honores no se dirigian á él propiamente, sino al Dios de quien era embajador y ministro, y sabiendo hacerse todo para todos, como el primer apóstol de los gentiles, consintió en todo lo que podia contribuir á dar mayor realce á la divina palabra. En medio pues del estrépito de las trompetas y demas instrumentos bélicos se puso en camino revestido de sobrepelliz y estola, acompañado de treinta caballeros portugueses con trages magníficos, y seguidos de gran número de esclavos ó criados con cadenas de oro guarnecidas de piedras preciosas. Otros cinco portugueses, los mas condecorados que habia en





el navio, iban al rededor del apóstol, como si fuesen sus principales ministros, y llevaban un egemplar del Evangelio en una tela de raso blanco, una pintura ó cuadro de la Virgen pendiente de una banda de damasco color de violeta, un báculo pastoral, todo guarnecido de oro, y los demas símbolos del apostolado, no menos magníficos. Atravesaron en esta forma las calles mas frecuentadas de la ciudad, en medio de un gentío innumerable que manifestaba la mayor veneracion quando se acercaba el apóstol, mirándole como á un hombre bajado del cielo. Envió el rey seiscientos soldados, escogidos entre los de su guardia, para que saliesen á recibirle, y al encontrarse con él, se dividieron en dos filas para llevarle en medio. Además de esto, le trató el rey con un honor tan extraordinario, especialmente en el Japon donde está en su punto el orgullo de la diadema oriental, que le tuvieron los pueblos por un enviado del cielo anunciado á su rey.

Fácil es comprender cuán abundante seria la mies en un terreno tan bien preparado. Desde luego renunció el culto de los ídolos una multitud prodigiosa, y confesó á Jesucristo. Los discursos públicos del apóstol arrastraban á la gente del pueblo, y sus conversaciones particulares convertian á los personajes de primer orden. Pasaba despues los dias enteros en bautizar ó en instruir á los neófitos, de suerte que los portugueses, que tenian en él todas sus delicias, no podian estar en su compañía sino algunos ratos por la noche. Le era tambien preciso disputar con los bonzos, que eran en todas partes el principal obstáculo para la conversion de los pueblos. Pero la victoria que la fuerza de sus palabras, ó por mejor decir, del Espiritu Santo que se esplicaba visiblemente por su boca, consiguió en público, confundiendo al bonzo Sacairan, corifeo de la secta en el reino de Bongo, dió un golpe mortal á la impostura y á la idolatría. En lo mas fuerte de la disputa tuvo el infiel la fortuna, casi sin ejemplo, de reconocer la ver-

dad; y lo que aun es mas maravilloso, tuvo la generosidad de confesarla. Aterrado con los rayos de la gracia que le peneiraron el corazon, se hincó de rodillas, y levantando las manos al cielo, hechos los ojos dos fuentes de lágrimas, exclamó: «Jesus, Hijo único de Dios Supremo, aquí me teneis postrado y rendido á vos: confieso con el corazon y con la boca vuestra grandeza eterna; y ruego á todos los que me oyen, que me perdonen las fábulas y las impiedades contrarias que por tanto tiempo les he enseñado.» Hizo tal efecto en los circunstantes una conversion tan prodigiosa que pudo bautizar inmediatamente el misionero quinientas personas.

Pero no era este el método de Javier, á quien la sed de la salvacion de las almas no obligó jamás, á pesar de su ardiente celo, á omitir nada de lo que prescribían la prudencia y la circunspeccion mas escrupulosa, á fin de asegurarse de la perseverancia. Quería instruir á fondo á todos sus prosélitos antes de bautizarlos, los fortalecia contra la reincidencia, y donde habia necesidad, los ponía en estado de confundir á los sofistas idolatras, ó á lo menos de despreciar sus sofismas con un discernimiento ilustrado. Basta traer á la memoria la solidez de sus conversiones, aunque innumerables, para convencerse de que si bien fueron rápidas, no por eso fueron precipitadas. Entre todas las ciudades, provincias, reinos y regiones que sujetó al yugo del Evangelio, sola la ciudad de Tolo volvió á caer en el paganismo, mientras subsistió la generacion convertida, bien que tardó muy poco en conocer su error y arrepentirse de él. Por el contrario, algunos neófitos, que por espacio de quince años no habian visto ningun sacerdote, y habian estado espuestos á los artificios de la impostura y á las violencias de la persecucion, permanecieron tan firmes en la fé y con tanto fervor, como en el dia en que fueron bautizados; y sin salir del Japon, la historia famosa de los mártires de aquella isla sangüinaria,

su constancia inalterable, su firmeza y presencia de ánimo ante los tribunales, su serenidad, alegría ó impaciencia por padecer unos tormentos, cuya sola imágen nos estremece, presentan una prueba indisputable del cristianismo sólido y sincero de aquella nacion.

El mismo rey de Bongo hubiera sido de los primeros en recibir el bautismo, si no hubiese temido el apóstol que una conversion tan pronta no tuviese toda la solidez necesaria. La primera vez que se vieron, le habló Javier con aquella elocuencia natural y afabilidad atractiva á que no era fácil resistirse, sobre la felicidad infinita que está reservada para los que sirven al verdadero Dios; y respondió el príncipe que nada deseaba tanto como hacerse digno de ella, pero «con la condicion (añadió) de que hemos de estar siempre juntos en el paraíso.» No solo se trataba de elevar las ideas de aquel príncipe, sino que era necesario separarle de la escesiva sensualidad, consagrada en cierto modo por los soberanos asiáticos, los cuales la miran como una parte de su grandeza. Se aprovechó Javier tan grandemente del influjo que tenia con aquel monarca, para inspirarle horror á los vicios vergonzosos en que vivía sin ningun escrúpulo fiado en la palabra de los bonzos, que empezando desde luego el rey á mudar de conducta, abolió muchas ceremonias paganas ofensivas del pudor y espidió edictos para suprimir otros muchos abusos. Pero aunque aborrecía las infamias que deshonoran á la naturaleza, estaba todavia dominado de los demas deleites sensuales, cuando pensando el Santo en salir del Japon fué á despedirse de él, y se trataron reciprocamente con la mayor ternura. «¡Ojalá oiga el cielo (dijo el Apóstol) las oraciones que de dia y de noche haré por vuestra conversion! Nada deseo con mas ardor, y en cualquier parte donde me halle, la noticia mas agradable que podrá dárseme, será la de que el rey de Bongo es cristiano, ó por mejor decir, que vive como cristiano.» Deseos efica-

ces, pues pasados algunos años, no solo fué el rey un cristiano digno de este nombre, sino tambien un protector generoso de todos los fieles que vivian en aquel imperio. Se comunicaron sus piadosos sentimientos al corazon de su hermano con grandes ventajas de la Religion, por haber sido elegido este príncipe para suceder al rey de Amangueli, el cual, despues de haberse declarado contra el Evangelio por complacer á los bonzos, se vió obligado por la rebelion de estos á matarse á sí mismo. De este modo la sangre Real de Bongo vino á ser en todas partes el principal apoyo de la Iglesia del Japon.

Despues de dos años y cuatro meses de trabajos en esta grande isla, salió de allí Javier á últimos del año 1554. Habia formado allí la resolucion de llevar la fé á la China, persuadido de que el ejemplo de los chinos, que eran mirados como modelos de sabiduría en toda la Asia alta, y especialmente en el Japon, produciria la conversion perfecta de todos aquellos pueblos. Volvió á las Indias, así para tratar de los medios de llevar á efecto una empresa tan difícil, como para visitar y confirmar en la fé á las nuevas iglesias. En todas partes tuvo motivos para consolarse. Los misioneros que habia enviado á varios parages antes de su partida, fueron á Goa desde los lugares que no habia podido visitar él en persona, á darle cuenta de sus tareas y de las bendiciones del Señor. Supo que en Ormuz, emporio del comercio de la mitad de África y Asia, los idolatras, los mahometanos y los judios acudian á porfia á recibir el bautismo; que se habia disminuido notablemente la concurrencia á las mezquitas y sinagogas; que estaban ya convertidos en iglesias muchos templos de ídolos; que florecian las buenas costumbres no menos que la Religion, y que se habian abolido muchas prácticas perversas. La sangre del P. Antonio Criminal, martirizado en la costa de la Pesquería, habia contribuido á multiplicar en ella los cristianos, cuyo